

## Franco, ese nombre

MANUEL HERRERO MONTOTO



Ni Franco fue Pujol, ni Pujol es Franco, a Dios gracias. Cada uno en su sitio y en su momento histórico. Al Generalísimo, a su excelencia el jefe del Estado del No-Do, al César Visionario de Paco Umbral o, simplemente, a Franquito, como se le conocía en círculos burgueses de Vetusta, pues, a este caballero cuando se le inflaban las pelotas lo mismo inauguraba un pantano que fusilaba a cinco chavales. En el último supuesto la repulsa de la Europa democrática (contubernio judeomasónico) era unánime y en respuesta se montaban los saros multitudinarios de adhesión incondicional en la plaza de Oriente, «la gran urna del voto de los españoles», que así dice el convaleciente Montalbán lla-

maban a la plaza los pelotas del antiguo régimen, no los del actual, bueno, quién sabe, a lo mejor son los mismos. A don Jordi, cuando el anticatalanismo futbolero y de otra índole le toca los collons, aprovecha el día de la exaltación nacionalista de su terruño para airar a la aterciopelada burguesía catalana contra el resto del país. Y viéndolo así, y salvando las diferencias, qué quiere que le diga, que quizá tenga razón el amigo Anguita cuando califica la actitud de don Jordi como un «acto franquista».

Y es que Franco no murió, ni resucitó al tercer día, versión Vizcaíno Casas, Franco vive en un ropero cuajado de naftalina y con su mejor uniforme de gala y, como al santo, le sacan de procesión cuando la ocasión

lo requiere: «¡Uuuu! ¡Qué viene el coco!». Las palabras de Anguita han revuelto la asadurilla al planisferio político del país y provocado una náusea colectiva. ¡Qué mal te quieren, califa! Tú, recibiendo leches por hacer una desafortunada comparación con un «acto franquista», y no ha mucho la izquierda oficial, la del PSOE, metiendo el miedo en el cuerpo al electorado con eso de que si no me votas llega la derecha, el coco, el santo del ropero, y te jode pa vino. Y se rasgan las vestiduras, ahora contra ti, Julito, no es justo. Al santo del ropero lo mejor es dejarlo en su retablo, zona no visible, de olvido e indiferencia. A ver si de una puñetera vez empezamos a caminar solos, sin la sombra del fantasma.

## Quesada



## Entre paréntesis

### Nuestro Ku-Klux-Klan

LUIS MEANA

Mientras el PSOE reinventaba el truco antisarraceno de sacar a pasear al Cid muerto por el Parlamento, del limbo de la estadística nos llegaba una inmensa hilera de muertos: las víctimas inocentes de la feroz piromanía de España, los árboles calcinados durante este trágico verano. El holocausto particular de España, que nos va dejando sin árboles igual que los nazis dejaron sin judíos a Alemania. España se parece ya a una inmensa superficie de cuero: reseca, calva, correosa, desangelada. Un país sin agua —dice Buñuel en sus «Memorias»— no puede ser

nistas, ni conventos, pues nos hemos liado con los árboles, que son tan indefensos como cualquier socialista de antes. Los árboles se han convertido en los negros de España. Con los que, ahora, un intrépido Ku-Klux-Klan desconocido, del que no sabemos ni dónde se hace las capuchas, monta fastuosas piras homicidas. Y, por lo que se ve, no piensa parar mientras queden negros. Evidentemente, alguien apoya, ocultamente, a ese Ku-Klux-Klan de España, pero a los políticos no les interesa demasiado aclarar de dónde viene y adónde va ese Ku-Klux-Klan de España, por la sencilla razón de que también el político de turno

*España se parece ya a una inmensa superficie de cuero: reseca, calva, correosa, desangelada...*

Podría añadirse: en el difícil equilibrio ecológico de la naturaleza, cuando un árbol se quema, se está quemando una neurona. Miles de árboles, miles de neuronas. Quien quema un bosque está quemando un lóbulo del cerebro de España. Al final de esa aritmética, el resultado es un país bobo. Los árboles son los pelos por los que le entra al cerebro de una nación el calcio, el fosfato y las vitaminas necesarias. Un país que no demuestra dolor alguno por perder esas masas inmensas de pelo lo único que demuestra es su afición al descerebramiento. Con lo que ya está dicho todo. O sea, nuestra metafísica eterna: España siempre ha sentido una profunda atracción telúrica por la ignorancia y por el fuego. Aquí siempre ha gustado mucho quemar rojos, conventos, brujas, herejes, lo que sea. Ahora, como ya no podemos quemar ni comu-

ninguna racionalidad histórica puede parar esa metafísica racista e incendiaria: porque, en el fondo, hay como un consentimiento callado, como una comprensión silenciosa de la población, que está mascullando, mientras ve brillar la llama, lo mismo que mascullaba cada vez que veía morir abrasado a un comunista, a un hereje o a un cura: que lo quemem, y que se joda. Mientras, España se va volviendo una inmensa extensión de cuero al que le salen, cada vez con más trabajo, las neuronas y los pelos. Pero para los políticos de España es más rentable organizar buenos concursos de «misses» que salvar árboles. Por la esclavitud ku-klux-klanésca del voto.

## Elogio del Occidente

LUIS ARIAS ARGÜELLES-MERES



Los hay que dicen que «de "Grao" pa'lante todos son gallegos». Otros, más generosos, ponen el límite en La Espina. Son ganas de practicar el inútil juego de ponerle puertas al campo desde la torpeza.

Es difícil explicarse que ocurran estas cosas en una región uniprovincial como la nuestra. Es más inconcebible aún que se acepte el abandono que la parte occidental de Asturias viene sufriendo desde hace muchísimo tiempo, sin que públicamente se alcen voces contra ello.

Si nos centramos en aspectos lingüísticos, es un hecho constatado y constatable que el astu-

riano de este territorio tiene una inmensa riqueza léxica y cuenta además con unas particularidades sintácticas que lo diferencian del castellano mucho más de lo que hasta ahora se ha querido admitir, por parte incluso de algunos acérrimos defensores de la «llingua».

Si de lo que se trata es de bellezas paisajísticas, la Asturias occidental tiene mucho que ofrecer, al margen de las villas costeras, que de por sí encierran un indiscutible encanto. Hay también pueblos, ríos, valles y montañas, cuyo descubrimiento sería para muchos inolvidable.

Si a lo que vamos es al turismo histórico, la oferta es intere-

sante: desde la cultura castreña hasta la arquitectura indiana, pasando por las rutas jacobinas y por el muy literario mundo vaqueiro, sin que esto implique hacer excursiones antropológicas en busca de vestigios celtas u otro tipo de espejismos.

Pero, para que el occidente astur pueda ser conocido, hace falta algo asombrosamente simple: que mejoren sus accesos. Se puede decir con rotundidad que villas como Tineo, Pola de Allande, Cangas del Narcea, Grandas de Salime, San Antolín de Ibias, etcétera, tienen unos accesos tercermundistas. Y, por muchas que sean —que lo son— sus dificultades orográficas, no es de recibo que continúen así.

Es cierto que hay planes de carreteras en marcha que indudablemente mejorarán el estado de cosas, aunque tendrían que acometerse con mucho más empuje de lo que hasta ahora se ha demostrado.

Y a uno le gustaría pensar que el occidente de Asturias podría ser la bella durmiente de la región. Lo malo es que no están los tiempos como para permitirse cierto tipo de licencias. Porque este entrañable pedazo de la tierra asturiana no sólo sufre la crisis del modelo productivo que asuela toda la nación, sino que además sus problemas se incrementan por el secular abandono que ha tenido que soportar. No es fácil

crear que aún se esté a tiempo para soluciones mágicas.

En todo caso, hora es ya de alzar la voz en defensa de una parte de nuestra tierra que sigue siendo injustamente la más desconocida. Y en ese aspecto, sólo en ese aspecto, la parte occidental sí podría ser la bella durmiente de Asturias.

Es hora que de una vez por todas se haga la encendida defensa que el occidente astur merece. Hay que buscar a un artista que modele y cincele el elogio del Occidente. Mejor sería el elogio del Occidente que el elogio del poder, como dejó escrito en las páginas de este periódico mi amigo Juan Vega.